

N U E S T R A S C I U D A D E S , NUESTRO FUTURO

El tiempo y la ciudad

**Francisco M.
Vélez
Pliego**

El desbordamiento de la ciudad, su presencia creciente en el ánimo de los pueblos como espacio central de organización de su vida económica, comercial y cultural en el que el trabajo industrial constituye la liga social fundamental es relativamente reciente. Nace a lo largo del siglo XVIII y se extiende hasta nuestros días. Dos siglos apenas en los que la industria, el capital y el trabajo relacionados con la ciudad, constituyeron el centro y el mito de la modernidad.

La etapa más intensa de la urbanización se ha producido en los últimos cien años, en los que la población urbana en el mundo ha pasado de 262 millones de personas, a principios de siglo, a 3,086 millones en 1990. En 1900 el mundo contaba con once ciudades mayores a un millón de habitantes, entre las que se contaban Pekín, Calcuta, Berlín, Chicago, Londres, San Petersburgo, París, Nueva York, Tokio. En 1990 eran ya 276 las ciudades que superaban el millón de habitantes.¹

Frente al nuevo milenio, la revolución tecnológica y la globalización de la economía, asistimos a la aparición de nuevos mitos sobre la modernidad, tales como la substitución de la memoria colectiva de los pueblos y sus enseñanzas por las regulaciones inequívocas del mercado y la eficiencia tecnológica.

La internacionalización de la economía, los ensayos mundiales por globalizar los modos de vida, el incremento imparable de la terciarización, léase servicios, la importancia relativa de las inversiones en algunos de los campos revolucionados por la tecnología tales como las comunicaciones, han modificado substancialmente la percepción de las prioridades en las sociedades contemporáneas.



En las sociedades del primer mundo el desarrollo pasa hoy por la densidad y calidad de las redes de relaciones existentes entre los diversos actores sociales. Depende en buena medida de la pertinencia del contexto, del vigor de los proyectos socialmente consensados y, en menor medida, de las infraestructuras y equipamientos. En nuestros países es impensable, todavía, el no poner el acento en la ampliación y mejoramiento de los servicios básicos como precondición del desarrollo, los déficits existentes en otros rubros son aún el abismo que nos separa del mito de la postmodernidad global.

Las ciudades son hoy el espacio cuya vocación consiste en reunir, en relacionar las redes de diversa naturaleza que constituyen el entramado de la economía global: sistemas financieros, sistemas institucionales, cadenas productivas, sistemas informatizados de comunicación. La ciudad es, en síntesis, el espacio en el que se transforman y condensan los elementos de las formas modernas de producción: la producción y el mercado, el mercado de empleo y los factores del incremento de la productividad. Son también el espacio de lo local, de la cultura, de las tradiciones e identidades, de las instituciones públicas y privadas; el espacio de las incertidumbres y de las relaciones de poder, son el territorio donde se forja la ciudadanía. Lugares privilegiados de articulación de lo global y lo local, de multipli-



cación de las capacidades de la sociedad, del aprendizaje colectivo y de la sobrevivencia individual.

El desarrollo urbano comporta, entre otros, un cúmulo de intereses económicos en numerosos ámbitos de la vida cotidiana de la ciudad tales como el transporte y las comunicaciones, la administración de redes de servicios cada vez más complejas y diversificadas, desechos sólidos y contaminación, administración del territorio y de los activos inmobiliarios.

Para enfrentar ese proceso contradictorio y a la vez rico en oportunidades, es necesario forjar un sólido sistema de ciudades que permita una amplia interacción y el desarrollo complementario de funciones. La metropolización en curso en algunas ciudades de nuestro país se encuentra plagada de hechos contrastantes.

El riesgo que implica el incremento de las desigualdades y la exclusión, lo mismo en lo económico que en lo social, en lo territorial que en lo cultural y educativo, es a la vez considerable y sin precedente. Si bien es verdad que la pobreza y la inequidad han existido, los modelos actuales de desarrollo empujan cada vez más a una ruptura cultural mayor que implica el abandono de las responsabilidades colectivas frente a la comunidad.

El discurso de la modernidad y de la globalización que en cualquier ámbito de la vida de nuestro país –en la empresa o en la gestión pública, en la política o en la gestión social, en la cultura o en la educación–, oculta o minimiza el impacto que a mediano o corto plazo tiene la exclusión.

La preocupación por la eficiencia económica y su consolidación es difícil de imaginar en el contexto de una sociedad desgarrada, fracturada, sin cohesión social. El proyecto de futuro en lo urbano, como en otros ámbitos de la vida económica, social y cultural del país pasa necesariamente por la reconsideración de las políticas que permitan atender las exclusiones que la globalización económica está produciendo.

La tecnología ha puesto a disposición de las élites económicas y políticas una masa de información cada vez mayor; la revolución tecnológica, a su vez, les ha ofrecido una red sin precedentes en





materia de comunicación. Lo urbano es, de manera natural, el espacio que alberga estas innovaciones.

De acuerdo con las estimaciones de las Naciones Unidas,² en las primeras dos décadas del próximo siglo se alcanzará un nivel de urbanización superior al 60%, es decir, seis de cada diez habitantes del planeta residirán en ciudades. Desde ahora, más del 70% de la población de los países desarrollados habita en ciudades. En África, Asia y América Latina, la tasa de urbanización global es superior al 34%, con diferencias regionales importantes. En el caso de América Latina, al igual que en los países desarrollados, el 70% de su población habita ya en áreas urbanas. Durante las últimas tres décadas, México ha dejado de ser un país principalmente rural para convertirse en un país mayoritariamente urbano, caracterizado por un crecimiento desordenado de sus principales ciudades, segregación urbana, incremento en los déficits de los servicios públicos urbanos, y el deterioro de su patrimonio construido.

Entre 1970 y 1990, el país ha experimentado un proceso de urbanización que se manifiesta en tres indicadores básicos: el incremento de la población urbana, el aumento en el número de ciudades y, finalmente, la distribución de la población en ciudades grandes. Este último indicador es uno de los que mayor dinamismo ha mostrado; mientras que en 1970 las localidades mayores a medio millón de habitantes eran cuatro, para 1990 las mismas se habían incrementado hasta llegar a dieciocho, y las situadas en el rango entre cien mil y medio millón pasaron de treinta a setenta y siete.³

La expansión física de las principales ciudades (auspiciada a la vez por el modelo de concentración-dispersión de la población y por la inercia centralizadora que aún permea el desarrollo del país), la pérdida de dinamismo de las actividades agrícolas, la tendencia hacia la ocupación y usos del suelo incompatibles, se han convertido, durante las últimas décadas, en un nudo de contradicciones sociales y continúan siendo elementos de tensión de la relación campo-ciudad.

En la actualidad se considera que existen 52 zonas metropolitanas de distintos tamaños y grados de

desarrollo. Estas zonas metropolitanas están constituidas por 229 municipios de las 31 entidades del país y las 16 delegaciones de la capital. De acuerdo con los resultados del censo de 1995, en estos sistemas reside aproximadamente el 50% de los mexicanos, de los cuales el 25% están en las cuatro principales zonas metropolitanas del país.⁴

Las cifras mencionadas nos dan una idea del esfuerzo político, jurídico, administrativo y financiero que en los próximos años deberá realizarse para implementar las acciones necesarias para conducir estos procesos de metropolización hacia un desarrollo sostenido, sustentable y orientado hacia la constitución de un sistema de ciudades más equilibrado.

La generación e implementación oportuna de los proyectos de ordenación urbana y regional se han constituido en los principales ejemplos de instrumentos internacionales utilizados para tratar de adaptar las ciudades a los cambios que la economía mundial ha experimentado. Estos cambios están afectando desde la forma física de las ciudades hasta su base económica, modificando procesos de industrialización, impulsando la terciarización (léase servicios) e incluso "cuaterciarización" de las economías urbanas y regionales.



Pedro del Corro Diserto arquitectónico en la ciudad de Puebla



Es claro que el actual proceso económico de globalización requiere de una visión amplia que permita seleccionar las alternativas disponibles para producir un ordenamiento territorial y un crecimiento urbano eficiente, con bases claras de sustentabilidad que propicien el desarrollo económico, político y social de las ciudades y de las regiones.

Al mismo tiempo, la escasez de recursos financieros, así como las características que ha adquirido la competitividad de la economía en la globalización, están diluyendo los espacios nacionales como marco de reflexión y de referencia para dar paso, con fuerza cada vez mayor, a los espacios regionales y locales.

Temas relevantes en este contexto y relacionados estrechamente con esta problemática son la reforma del Estado, las políticas de descentralización incluida la relativa a los presupuestos nacionales, el impulso a la modernización y desarrollo institucional de los gobiernos locales, el incremento y regulación de la inversión privada en la construcción de infraestructura urbana.

La globalización ha generado procesos paradigmáticos, entre ellos cabe destacar la presencia generalizada en ciudades pertenecientes a países con diversos grados de desarrollo de componentes atribuidos



anteriormente a las características de la urbanización de los países en desarrollo, tal es el caso del aumento incesante del empleo informal y el desempleo abierto, la pobreza urbana, el deterioro de la capacidad de los gobiernos para financiar el mantenimiento e incremento de la infraestructura de las ciudades.

Tierra, reservas territoriales, usos del suelo, equipamiento urbano y servicios públicos

En las zonas metropolitanas en general, en los países en desarrollo en particular, el decaimiento de la actividad agrícola se traduce no sólo en procesos migratorios sino en una presión permanente sobre los suelos agrícolas, incluidos los de mayor potencial, para ser incorporados a usos urbanos o industriales.

El financiamiento al desarrollo regional, la infraestructura, los servicios públicos y los equipamientos de carácter regional y urbano se sustentan cada vez más en el diseño de una ingeniería financiera que redefine la participación de los sectores social y privado como agentes económicos y modifica las relaciones gobierno sociedad.





De la asociación de iniciativas de naturaleza diversa y aparentemente contradictoria (como son la conservación de recursos naturales y las acciones en pro del desarrollo urbano, al igual que las destinadas a la conservación del patrimonio y las acciones de renovación), depende que los recursos naturales y patrimoniales se conviertan en un activo en favor de la región y sus localidades. Desde este punto de vista destacan las acciones orientadas a proteger las cuencas hidrológicas, a restaurar sus componentes principales tales como zonas de recarga, ríos, manantiales, vasos y presas, a rescatar las áreas de protección en proyectos que valorizan su uso y explotación racional y con pleno respeto al medio ambiente.

Las instituciones políticas, sociales, religiosas y culturales representan las identidades múltiples del mundo urbano. La cuantificación con la que se da cuenta de las dimensiones y diversidad de problemas de esta realidad social contemporánea, oculta a veces la riqueza de estas singularidades llamadas ciudades.

Las ciudades son expresión material de la cultura, su atractivo particular estriba en la posibilidad de con-



densar, por un lado, las instituciones e infraestructuras que requiere la modernidad, y por el otro, la preservación de su identidad.

El tiempo de la ciudad es el tiempo de sus costumbres y mentalidades, forjado en el quehacer cotidiano de sus residentes, contenido y recreado en sus instituciones, en sus formas, colores y aromas. La comprensión de la ciudad en singular sólo es posible en la aceptación de su valor específico como espacio social y cultural que contribuye, desde su particularidad, a la calidad de vida de una sociedad y de su futuro.

Notas

¹ Elaboraciones propias con información de *Nouvelle Encyclopédie Diderot*, pp. 17-20, pp. 55 y 59, cuadros XIII y XIV.

² *Global Report on Human Settlements*, 1996, pp. 11-31.

³ Elaboraciones propias con información de González García, L.. "La población no urbana: un desafío para la planificación de México", en *Federalismo y Desarrollo*, No. 42, 1994, p. 53, cuadro 1.

⁴ *Metrópolis mexicanas: hechos y datos*, INEGI, con datos del conteo preliminar de 1995.

Francisco M. Vélez Pliego es investigador del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAP.



